



Simone Weil

Nota sobre la supresion
general de los partidos
politicos

@10enFilosofia

@10enFilosofía

NOTA SOBRE LA SUPRESIÓN GENERAL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

SIMONE WEIL

**PUBLICADO: 1950
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

NOTA SOBRE LA SUPRESIÓN GENERAL DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

SIMONE WEIL

El término "partido" se toma aquí en el sentido que tiene en el continente europeo. La misma palabra en los países anglosajones designa una realidad totalmente diferente. Tiene su raíz en la tradición inglesa y no es transferible. Un siglo y medio de experiencia lo demuestra suficientemente. Hay en los partidos anglosajones un elemento de juego, de deporte, que solo puede existir en una institución de origen aristocrático; todo es serio en una institución que, desde el principio, es plebeya.

La idea de partido no entraba en la concepción política francesa de 1789, sino como un mal a evitar. Pero hubo el club de los Jacobinos. Era al principio solo un lugar de libre discusión. No fue ninguna especie de mecanismo fatal lo que lo transformó: fue únicamente la presión de la guerra y de la guillotina lo que lo convirtió en un partido totalitario.

Las luchas de las facciones bajo el Terror estuvieron gobernadas por el pensamiento tan bien formulado por Tomski: "Un partido en el poder y todos los demás en prisión". Así, en el continente de Europa, el totalitarismo es el pecado original de los partidos.

Es por un lado el legado del Terror, y por otro lado la influencia del ejemplo inglés, lo que instaló a los partidos en la vida pública

européa. El hecho de que existan no es en absoluto un motivo para conservarlos. Solo el bien es un motivo legítimo de conservación. El mal de los partidos políticos salta a la vista. El problema a examinar es si hay en ellos algún bien que supere al mal y haga así deseable su existencia.

Pero es mucho más apropiado preguntar: ¿Hay en ellos incluso una partícula infinitesimal de bien? ¿No son acaso el mal en su estado puro o casi puro?

Si son el mal, es cierto que en la práctica solo pueden producir mal. Es un artículo de fe. "Un buen árbol nunca puede dar malos frutos, ni un árbol podrido buenos frutos."

Pero primero hay que reconocer cuál es el criterio del bien.

Solo puede ser la verdad, la justicia y, en segundo lugar, la utilidad pública.

La democracia, el poder de la mayoría, no son bienes en sí mismos. Son medios para alcanzar el bien, considerados eficaces, con razón o sin ella. Si la República de Weimar, en lugar de Hitler, hubiera decidido por los caminos más rigurosamente parlamentarios y legales poner a los judíos en campos de concentración y torturarlos refinadamente hasta la muerte, las torturas no habrían tenido un átomo más de legitimidad de lo que tienen ahora. Y tal cosa no es en absoluto inconcebible.

Solo lo que es justo es legítimo. El crimen y la mentira nunca lo son.

Nuestro ideal republicano procede enteramente de la noción de voluntad general de Rousseau. Pero el sentido de la noción se perdió casi inmediatamente, porque es compleja y requiere un alto grado de atención.

Aparte de algunos capítulos, pocos libros son tan bellos, fuertes, lúcidos y claros como el Contrato Social. Se dice que pocos libros han tenido tanta influencia, pero en realidad todo ha ocurrido y sigue ocurriendo como si nunca hubiera sido leído.

Rousseau partía de dos evidencias. Una, que la razón discierne y elige la justicia y la utilidad inocente, y que todo crimen tiene como móvil la pasión. La otra, que la razón es idéntica en todos los hombres, mientras que las pasiones, la mayoría de las veces, difieren. En consecuencia, si, sobre un problema general, cada uno

reflexiona por sí mismo y expresa una opinión, y si luego las opiniones se comparan entre sí, probablemente coincidirán en la parte justa y razonable de cada una y diferirán en las injusticias y los errores.

Es únicamente en virtud de un razonamiento de este tipo que se admite que el consenso universal indica la verdad.

La verdad es una. La justicia es una. Los errores, las injusticias son infinitamente variables. Así, los hombres convergen en lo justo y lo verdadero, mientras que la mentira y el crimen los hacen diverger indefinidamente. La unión siendo una fuerza material, se puede esperar encontrar allí un recurso para hacer en este mundo la verdad y la justicia materialmente más fuertes que el crimen y el error.

Para ello se necesita un mecanismo adecuado. Si la democracia constituye tal mecanismo, es buena. De lo contrario, no lo es.

Un querer injusto común a toda la nación no era en absoluto superior, a los ojos de Rousseau —y él estaba en lo cierto— al querer injusto de un hombre.

Rousseau pensaba solamente que, la mayoría de las veces, un querer común a todo un pueblo está de hecho conforme a la justicia, por la neutralización mutua y la compensación de las pasiones particulares. Esa era para él la única razón para preferir el querer del pueblo a un querer particular.

Es así como una cierta masa de agua, aunque compuesta de partículas que se mueven y chocan constantemente, está en un equilibrio y un reposo perfectos. Refleja los objetos con una verdad irreprochable. Indica perfectamente el plano horizontal. Dice sin error la densidad de los objetos que se sumergen en ella.

Si individuos apasionados, inclinados por la pasión al crimen y la mentira, se componen de la misma manera en un pueblo veraz y justo, entonces es bueno que el pueblo sea soberano. Una constitución democrática es buena si primero logra en el pueblo este estado de equilibrio, y si luego asegura que las voluntades del pueblo se ejecuten.

El verdadero espíritu de 1789 consiste en pensar, no que algo es justo porque el pueblo lo quiere, sino que bajo ciertas condiciones la

voluntad del pueblo tiene más posibilidades que cualquier otra voluntad de ser conforme a la justicia.

Hay varias condiciones indispensables para poder aplicar la noción de voluntad general. Dos deben retener especialmente la atención.

Una es que en el momento en que el pueblo toma conciencia de uno de sus deseos y lo expresa, no haya ningún tipo de pasión colectiva.

Es totalmente evidente que el razonamiento de Rousseau cae en cuanto hay pasión colectiva. Rousseau lo sabía muy bien. La pasión colectiva es un impulso de crimen y mentira infinitamente más poderoso que cualquier pasión individual. Las impulsiones malas, en este caso, lejos de neutralizarse, se potencian mutuamente a la milésima potencia. La presión es casi irresistible, salvo para los verdaderos santos.

El agua puesta en movimiento por una corriente violenta e impetuosa ya no refleja los objetos, no mantiene una superficie horizontal y no indica las densidades. Y es indiferente si está movida por una única corriente o por cinco o seis corrientes que chocan y crean remolinos. En ambos casos, está igualmente perturbada.

Si una única pasión colectiva se apodera de todo un país, el país entero es unánime en el crimen. Si dos, cuatro, cinco o diez pasiones colectivas lo dividen, está dividido en varias bandas de criminales. Las pasiones divergentes no se neutralizan, como es el caso de un cúmulo de pasiones individuales fundidas en una masa; el número es demasiado pequeño y la fuerza de cada una demasiado grande para que pueda haber neutralización. La lucha las exacerba. Chocan con un ruido verdaderamente infernal, que hace imposible oír siquiera por un segundo la voz de la justicia y la verdad, siempre casi imperceptible.

Cuando hay pasión colectiva en un país, es probable que cualquier voluntad particular esté más cerca de la justicia y la razón que la voluntad general, o más bien lo que constituye su caricatura.

La segunda condición es que el pueblo tenga que expresar su voluntad respecto a los problemas de la vida pública, y no simplemente hacer una elección de personas. Menos aún una

elección de colectividades irresponsables. Porque la voluntad general no tiene ninguna relación con tal elección.

Si en 1789 hubo cierta expresión de la voluntad general, aunque se había adoptado el sistema representativo por falta de saber imaginar otro, fue porque había habido mucho más que elecciones. Todo lo que había de vivo a lo largo del país —y el país desbordaba entonces de vida— había buscado expresar un pensamiento a través de los cuadernos de reivindicaciones. Los representantes se habían dado a conocer en gran parte durante esta cooperación en el pensamiento; conservaban su calor; sentían al país atento a sus palabras, celoso de vigilar si traducían exactamente sus aspiraciones. Durante algún tiempo —poco tiempo— fueron realmente simples órganos de expresión para el pensamiento público.

Tal cosa nunca más ocurrió.

La mera enunciación de estas dos condiciones muestra que nunca hemos conocido algo que siquiera se parezca remotamente a una democracia. En lo que llamamos por ese nombre, nunca el pueblo tiene la oportunidad ni el medio de expresar una opinión sobre ningún problema de la vida pública; y todo lo que escapa a los intereses particulares es entregado a las pasiones colectivas, las cuales son sistemáticamente y oficialmente fomentadas.

El uso mismo de las palabras democracia y república obliga a examinar con extrema atención los siguientes dos problemas:

¿Cómo dar en realidad a los hombres que componen el pueblo de Francia la posibilidad de expresar a veces un juicio sobre los grandes problemas de la vida pública?

¿Cómo impedir, en el momento en que se consulta al pueblo, que circule a través de él alguna especie de pasión colectiva?

Si no se piensa en estos dos puntos, es inútil hablar de legitimidad republicana.

Las soluciones no son fáciles de concebir. Pero es evidente, tras un examen atento, que cualquier solución implicaría primero la supresión de los partidos políticos.

*

Para apreciar los partidos políticos según el criterio de la verdad, la justicia y el bien público, conviene comenzar por discernir sus

características esenciales.

Se pueden enumerar tres:

1. Un partido político es una máquina para fabricar pasión colectiva.

2. Un partido político es una organización construida de manera que ejerce una presión colectiva sobre el pensamiento de cada uno de los seres humanos que son sus miembros.

3. La primera y, en última instancia, la única finalidad de todo partido político es su propio crecimiento, y esto sin ninguna limitación.

Por estas tres características, todo partido es totalitario en germen y en aspiración. Si no lo es de hecho, es solo porque los que le rodean no lo son menos que él.

Estos tres caracteres son verdades de hecho evidentes para cualquiera que se haya acercado a la vida de los partidos.

El tercero es un caso particular de un fenómeno que ocurre siempre que lo colectivo domina a los seres pensantes. Es el vuelco de la relación entre fin y medio. En todas partes, sin excepción, todas las cosas generalmente consideradas como fines son por naturaleza, por definición, por esencia y de la manera más evidente únicamente medios. Se podrían citar tantos ejemplos como se quisiera en todos los campos. Dinero, poder, Estado, grandeza nacional, producción económica, títulos universitarios; y muchos más.

El bien solo es un fin. Todo lo que pertenece al ámbito de los hechos es del orden de los medios. Pero el pensamiento colectivo es incapaz de elevarse por encima del ámbito de los hechos. Es un pensamiento animal. Solo tiene la noción del bien justo lo suficiente como para cometer el error de tomar tal o cual medio por un bien absoluto.

Así es con los partidos. Un partido es en principio un instrumento para servir a una cierta concepción del bien público.

Esto es cierto incluso para aquellos que están ligados a los intereses de una categoría social, porque siempre hay una cierta concepción del bien público en virtud de la cual habría coincidencia entre el bien público y estos intereses. Pero esta concepción es extremadamente vaga. Esto es cierto sin excepción y casi sin

diferencia de grados. Los partidos más inconsistentes y los más estrictamente organizados son iguales en cuanto a la vaguedad de la doctrina. Ningún hombre, por profundo que haya estudiado la política, sería capaz de un exposé preciso y claro con respecto a la doctrina de ningún partido, incluido, en su caso, el suyo propio.

Las personas rara vez se admiten esto a sí mismas. Si lo hicieran, estarían tentados ingenuamente a verlo como una marca de incapacidad personal, por no haber reconocido que la expresión "Doctrina de un partido político" nunca puede, por la naturaleza de las cosas, tener ningún significado.

Un hombre, aunque pasara su vida escribiendo y examinando problemas de ideas, muy raramente tiene una doctrina. Una colectividad nunca la tiene. No es una mercancía colectiva.

Es cierto que se puede hablar de doctrina cristiana, doctrina hindú, doctrina pitagórica, y así sucesivamente. Lo que se designa entonces con esta palabra no es ni individual ni colectivo; es algo situado infinitamente por encima de uno y otro dominio. Es, pura y simplemente, la verdad.

El fin de un partido político es algo vago e irreal. Si fuera real, exigiría un gran esfuerzo de atención, porque una concepción del bien público no es algo fácil de pensar. La existencia del partido es palpable, evidente y no exige ningún esfuerzo para ser reconocida. Así, es inevitable que de hecho el partido sea su propio fin.

Existe entonces idolatría, pues solo Dios es legítimamente un fin en sí mismo.

La transición es fácil. Se establece como axioma que la condición necesaria y suficiente para que el partido sirva eficazmente la concepción del bien público para el cual existe es que posea una gran cantidad de poder.

Pero ninguna cantidad finita de poder puede ser considerada como suficiente, especialmente una vez obtenida. El partido se encuentra, por efecto de la ausencia de pensamiento, en un estado continuo de impotencia que siempre atribuye a la insuficiencia del poder que posee. Incluso si fuera el amo absoluto del país, las necesidades internacionales imponen límites estrechos.

Así, la tendencia esencial de los partidos es totalitaria, no solo con respecto a una nación, sino con respecto al globo terrestre.

Precisamente porque la concepción del bien público propia de tal o cual partido es una ficción, una cosa vacía, sin realidad, impone la búsqueda del poder total. Toda realidad implica por sí misma un límite. Lo que no existe en absoluto nunca es limitable.

Es por eso que existe una afinidad, una alianza entre el totalitarismo y la mentira.

Mucha gente, ciertamente, nunca piensa en un poder total; ese pensamiento les daría miedo. Es vertiginoso, y se necesita una especie de grandeza para sostenerlo. Esas personas, cuando se interesan en un partido, se contentan con desear su crecimiento; pero como algo que no tiene límite. Si hay tres miembros más este año que el anterior, o si la colecta recaudó cien francos más, están contentos. Pero desean que esto continúe indefinidamente en la misma dirección. Nunca conciben que su partido pueda tener en algún caso demasiados miembros, demasiados votantes, demasiado dinero.

El temperamento revolucionario lleva a concebir la totalidad. El temperamento pequeño burgués conduce a instalarse en la imagen de un progreso lento, continuo y sin límite. Pero en ambos casos, el crecimiento material del partido se convierte en el único criterio con respecto al cual se definen en todas las cosas el bien y el mal. Exactamente como si el partido fuera un animal para engordar, y el universo hubiera sido creado para hacerlo engordar.

No se puede servir a Dios y a Mamón. Si se tiene un criterio del bien distinto al bien mismo, se pierde la noción del bien.

En cuanto el crecimiento del partido constituye un criterio del bien, resulta inevitable una presión colectiva del partido sobre los pensamientos de los hombres. Esta presión se ejerce de hecho. Se manifiesta públicamente. Es admitida, proclamada. Esto nos horrorizaría si la costumbre no nos hubiera endurecido tanto.

Los partidos son organismos públicamente y oficialmente constituidos para matar en las almas el sentido de la verdad y de la justicia.

La presión colectiva se ejerce sobre el gran público mediante la propaganda. El objetivo declarado de la propaganda es persuadir, no comunicar luz. Hitler comprendió muy bien que la propaganda es siempre un intento de esclavizar las mentes. Todos los partidos

hacen propaganda. Aquel que no la hiciera desaparecería porque los otros la hacen. Todos admiten que hacen propaganda. Ninguno tiene el descaro de afirmar que se dedica a la educación del público, que forma el juicio del pueblo.

Los partidos hablan, ciertamente, de educación con respecto a aquellos que han llegado a ellos, simpatizantes, jóvenes, nuevos miembros. Esta palabra es una mentira. Se trata de un adiestramiento para preparar la influencia aún más rigurosa ejercida por el partido sobre el pensamiento de sus miembros.

Supongamos un miembro de un partido —diputado, candidato a la diputación o simplemente militante— que tome en público el compromiso siguiente: "Cada vez que examine cualquier problema político o social, me comprometo a olvidar absolutamente el hecho de que soy miembro de tal grupo y a preocuparme exclusivamente de discernir el bien público y la justicia."

Este lenguaje sería muy mal recibido. Los suyos y hasta muchos otros lo acusarían de traición. Los menos hostiles dirían: "¿Por qué entonces se ha adherido a un partido?" admitiendo así ingenuamente que al entrar en un partido se renuncia a buscar únicamente el bien público y la justicia. Este hombre sería excluido de su partido, o al menos perdería su investidura; ciertamente no sería elegido.

Pero aún más, parece que ni siquiera es posible que se pronuncie tal lenguaje. De hecho, salvo error, nunca ha sido así. Si se han pronunciado palabras aparentemente cercanas a esas, fue solo por hombres deseosos de gobernar con el apoyo de partidos distintos al suyo. Tales palabras sonaban entonces como una especie de falta de honor.

En cambio, se considera totalmente natural, razonable y honorable que alguien diga: "Como conservador," o: "Como socialista, pienso que..."

Esto, ciertamente, no es exclusivo de los partidos. Tampoco se avergüenza uno de decir: "Como francés, pienso que..." "Como católico, pienso que..."

Unas niñas, que decían estar apegadas al gaullismo como al equivalente francés del hitlerismo, añadían: "La verdad es relativa, incluso en geometría." Tocaban el punto central.

Si no hay verdad, es legítimo pensar de una u otra manera simplemente porque se es de hecho una u otra cosa. Así como se tienen cabellos negros, castaños, rojizos o rubios, porque así se es, se emiten también tales o cuales pensamientos. El pensamiento, como el cabello, sería entonces el producto de un proceso físico de eliminación.

Si se reconoce que hay una verdad, solo se permite pensar lo que es verdadero. Entonces se piensa algo, no porque se sea de hecho francés, católico o socialista, sino porque la luz irresistible de la evidencia obliga a pensar así y no de otra manera.

Si no hay evidencia, si hay duda, entonces es evidente que, en el estado actual de conocimientos, la cuestión es dudosa. Si hay una pequeña probabilidad de un lado, es evidente que hay una pequeña probabilidad; y así sucesivamente. En todos los casos, la luz interior siempre otorga a quien la consulta una respuesta manifiesta. El contenido de la respuesta es más o menos afirmativo; no importa. Siempre es susceptible de revisión; pero ninguna corrección puede ser hecha, sino por más luz interior.

Si un hombre, miembro de un partido, está absolutamente resuelto a ser fiel en todos sus pensamientos solo a la luz interior y a nada más, no puede hacer conocer esta resolución a su partido. Entonces está en un estado de mentira con respecto a él.

Esta situación solo puede ser aceptada debido a la necesidad que obliga a estar en un partido para participar efectivamente en los asuntos públicos. Pero entonces esta necesidad es un mal, y es necesario ponerle fin suprimiendo los partidos.

Un hombre que no ha tomado la resolución de fidelidad exclusiva a la luz interior instala la mentira en el centro mismo del alma. Las tinieblas interiores son su castigo.

Se intentaría en vano salir de ello mediante la distinción entre la libertad interior y la disciplina exterior. Porque entonces hay que mentir al público, hacia el cual todo candidato, todo elegido, tiene una obligación particular de verdad.

Si me preparo para decir, en nombre de mi partido, cosas que considero contrarias a la verdad y a la justicia, ¿lo indicaré en una advertencia previa? Si no lo hago, miento.

De estas tres formas de mentira —al partido, al público, a uno mismo— la primera es con mucho la menos mala. Pero si la pertenencia a un partido siempre obliga, en cualquier caso, a la mentira, la existencia de los partidos es absolutamente, incondicionalmente un mal.

Era frecuente ver en anuncios de reuniones: El Sr. X... expondrá el punto de vista comunista (sobre el problema que es objeto de la reunión). El Sr. Y... expondrá el punto de vista socialista. El Sr. Z... expondrá el punto de vista radical.

¿Cómo se las arreglaban estos desdichados para conocer el punto de vista que debían exponer? ¿A quién podían consultar? ¿Qué oráculo? Una colectividad no tiene lengua ni pluma. Los órganos de expresión son todos individuales. La colectividad socialista no reside en ningún individuo. La colectividad radical tampoco. La colectividad comunista reside en Stalin, pero está lejos; no se puede llamar por teléfono antes de hablar en una reunión.

No, los Sres. X..., Y... y Z... se consultaban a sí mismos. Pero como eran honestos, primero se ponían en un estado mental especial, un estado similar al que tantas veces les había puesto la atmósfera de los entornos comunista, socialista, radical.

Si, estando en ese estado, uno se deja llevar por sus reacciones, produce naturalmente un lenguaje conforme a los "puntos de vista" comunista, socialista, radical.

A condición, por supuesto, de prohibirse rigurosamente cualquier esfuerzo de atención para discernir la justicia y la verdad. Si se realizara tal esfuerzo, se correría el riesgo —cúmulo de horrores— de expresar un "punto de vista personal".

Porque hoy en día, la tensión hacia la justicia y la verdad se considera como correspondiente a un punto de vista personal.

Cuando Poncio Pilato preguntó a Cristo: "¿Qué es la verdad?" Cristo no respondió. Ya había respondido de antemano al decir: "He venido a dar testimonio de la verdad".

Solo hay una respuesta. La verdad son los pensamientos que surgen en la mente de una criatura pensante únicamente, totalmente, exclusivamente deseosa de la verdad.

La mentira, el error —palabras sinónimas— son los pensamientos de aquellos que no desean la verdad, y de aquellos que desean la

verdad y algo más. Por ejemplo, quienes desean la verdad y además la conformidad con tal o cual pensamiento establecido.

Pero, ¿cómo desear la verdad sin saber nada de ella? Ese es el misterio de los misterios. Las palabras que expresan una perfección inconcebible para el hombre —Dios, verdad, justicia— pronunciadas internamente con deseo, sin estar unidas a ninguna concepción, tienen el poder de elevar el alma y llenarla de luz.

Es deseando la verdad en vacío y sin tratar de adivinar de antemano su contenido que se recibe la luz. Ese es todo el mecanismo de la atención.

Es imposible examinar los problemas tremendamente complejos de la vida pública prestando atención al mismo tiempo, por un lado, a discernir la verdad, la justicia, el bien público, y por otro, a conservar la actitud que conviene a un miembro de tal agrupación. La facultad humana de atención no es capaz de preocuparse simultáneamente por ambas cosas. De hecho, quien se aferra a una abandona la otra.

Pero ninguna sufrimiento espera a quien abandona la justicia y la verdad. Mientras que el sistema de partidos conlleva las penas más dolorosas por la indocilidad. Penas que afectan casi todo —la carrera, los sentimientos, la amistad, la reputación, la parte exterior del honor, a veces incluso la vida familiar. El partido comunista ha llevado el sistema a su perfección.

Incluso en quien interiormente no cede, la existencia de penas falsea inevitablemente el discernimiento. Porque si quiere reaccionar contra la influencia del partido, esa voluntad de reacción es en sí misma un móvil ajeno a la verdad y del que hay que desconfiar. Pero esa desconfianza también; y así sucesivamente. La verdadera atención es un estado tan difícil para el hombre, tan violento, que cualquier perturbación personal de la sensibilidad es suficiente para obstaculizarla. De ahí la obligación imperiosa de proteger tanto como se pueda la facultad de discernimiento que se lleva dentro de uno mismo contra el tumulto de las esperanzas y los miedos personales.

Si un hombre hace cálculos numéricos muy complejos sabiendo que será azotado cada vez que obtenga como resultado un número par, su situación es muy difícil. Algo en la parte carnal del alma lo

empujará a dar un pequeño empujón a los cálculos para obtener siempre un número impar. Al querer reaccionar, corre el riesgo de encontrar un número par incluso donde no debe haberlo. Atrapado en esta oscilación, su atención ya no está intacta. Si los cálculos son tan complejos que exigen la plenitud de la atención, es inevitable que se equivoque muy a menudo. No servirá de nada que sea muy inteligente, muy valiente, muy preocupado por la verdad.

¿Qué debe hacer? Es muy simple. Si puede escapar de las manos de esas personas que lo amenazan con el látigo, debe huir. Si pudo evitar caer en sus manos, debió hacerlo.

Es exactamente así con los partidos políticos.

Cuando hay partidos en un país, resulta tarde o temprano un estado de cosas tal que es imposible intervenir eficazmente en los asuntos públicos sin entrar en un partido y jugar el juego. Quienquiera que se interese en la cosa pública desea hacerlo eficazmente. Así, aquellos que se inclinan por el cuidado del bien público o renuncian a pensar en ello y se vuelven hacia otra cosa, o pasan por el laminador de los partidos. En este caso también, surgen preocupaciones que excluyen la del bien público.

Los partidos son un maravilloso mecanismo, por virtud del cual, en toda la extensión de un país, ningún espíritu presta atención al esfuerzo de discernir, en los asuntos públicos, el bien, la justicia, la verdad.

De ello resulta que —salvo un muy pequeño número de coincidencias fortuitas— solo se deciden y ejecutan medidas contrarias al bien público, a la justicia y a la verdad.

Si se confiara al diablo la organización de la vida pública, no podría inventar nada más ingenioso.

Si la realidad ha sido un poco menos sombría, es porque los partidos no habían devorado aún todo. Pero de hecho, ¿ha sido un poco menos sombría? ¿No era exactamente tan sombría como el cuadro esbozado aquí? ¿No lo ha mostrado el evento?

Hay que admitir que el mecanismo de opresión espiritual y mental propio de los partidos fue introducido en la historia por la Iglesia católica en su lucha contra la herejía.

Un converso que ingresa a la Iglesia, o un fiel que deliberadamente decide permanecer en ella, ha percibido en el

dogma la verdad y el bien. Pero al cruzar el umbral, profesa al mismo tiempo no ser afectado por los anatemas, es decir, acepta en conjunto todos los artículos llamados "de fe estricta". Estos artículos no los ha estudiado. Incluso con un alto grado de inteligencia y cultura, toda una vida no sería suficiente para este estudio, ya que implica el estudio de las circunstancias históricas de cada condena.

¿Cómo adherir a afirmaciones que no se conocen? Basta con someterse incondicionalmente a la autoridad de donde emanan.

Es por eso que Santo Tomás solo quiere sostener sus afirmaciones por la autoridad de la Iglesia, excluyendo cualquier otro argumento. Porque, dice, no se necesita más para aquellos que la aceptan; y ningún argumento persuadiría a aquellos que la rechazan.

Así, la luz interior de la evidencia, esa facultad de discernimiento otorgada desde lo alto al alma humana como respuesta al deseo de verdad, se descarta, se condena a tareas serviles, como hacer sumas, y se excluye de todas las investigaciones relacionadas con el destino espiritual del hombre. El móvil del pensamiento ya no es el deseo incondicional, no definido, de la verdad, sino el deseo de conformidad con una enseñanza establecida de antemano.

Que la Iglesia fundada por Cristo haya así sofocado en gran medida el espíritu de verdad —y si, a pesar de la Inquisición, no lo hizo totalmente, es porque la mística ofrecía un refugio seguro— es una ironía trágica. Esto se ha observado a menudo. Pero se ha observado menos otra ironía trágica. Es que el movimiento de rebelión contra el sofocamiento de los espíritus bajo el régimen inquisitorial tomó una orientación tal que continuó la obra de sofocamiento de los espíritus.

La Reforma y el humanismo del Renacimiento, doble producto de esta rebelión, contribuyeron en gran medida a generar, después de tres siglos de maduración, el espíritu de 1789. Esto resultó, después de cierto retraso, en nuestra democracia basada en el juego de los partidos, cada uno de los cuales es una pequeña iglesia secular armada con la amenaza de excomunión. La influencia de los partidos ha contaminado toda la vida mental de nuestra época.

Un hombre que se adhiere a un partido probablemente ha percibido en la acción y la propaganda de ese partido cosas que le

parecieron justas y buenas. Pero nunca ha estudiado la posición del partido con respecto a todos los problemas de la vida pública. Al entrar en el partido, acepta posiciones que desconoce. Así, somete su pensamiento a la autoridad del partido. Cuando, poco a poco, conozca estas posiciones, las admitirá sin examen.

Esta es exactamente la situación de quien se adhiere a la ortodoxia católica concebida como la concibió Santo Tomás.

Si un hombre dijera, al solicitar su afiliación al partido: "Estoy de acuerdo con el partido en tal, tal y tal punto; no he estudiado sus otras posiciones y reservo completamente mi opinión hasta que no haya estudiado," probablemente se le pediría que regresara más tarde.

Pero de hecho, salvo raras excepciones, un hombre que entra en un partido adopta dócilmente la actitud mental que expresará más tarde con las palabras: "Como monárquico, como socialista, pienso que..." Es tan cómodo. Porque es no pensar. No hay nada más cómodo que no pensar.

En cuanto al tercer carácter de los partidos, a saber, que son máquinas para fabricar pasión colectiva, es tan visible que no necesita ser establecido. La pasión colectiva es la única energía de la que disponen los partidos para la propaganda exterior y para la presión ejercida sobre el alma de cada miembro.

Se admite que el espíritu de partido ciega, ensordece a la justicia, e incluso empuja a personas honestas a la crueldad más despiadada contra inocentes. Se lo admite, pero no se piensa en suprimir los organismos que fabrican tal espíritu.

Sin embargo, se prohíben los estupefacientes.

Todavía hay gente adicta a los estupefacientes. Pero habría más si el Estado organizara la venta de opio y cocaína en todos los estancos, con carteles publicitarios para alentar a los consumidores.

La conclusión es que la institución de los partidos políticos parece constituir un mal casi sin mezcla. Son malos en principio, y prácticamente sus efectos son malos.

La supresión de los partidos sería casi un bien puro. Es eminentemente legítima en principio y parece susceptible prácticamente solo de buenos efectos.

Los candidatos dirían a los votantes, no: "Tengo tal etiqueta" —lo cual prácticamente no enseña nada riguroso al público sobre su actitud concreta respecto a problemas concretos— sino: "Pienso tal, tal y tal cosa con respecto a tal, tal y tal gran problema".

Los elegidos se asociarían y disociarían según el juego natural y cambiante de afinidades. Puedo estar de acuerdo con el Sr. A... en la colonización y en desacuerdo con él en la propiedad campesina; y viceversa para el Sr. B... Si se habla de colonización, iré, antes de la sesión, a charlar un poco con el Sr. A...; si se habla de propiedad campesina, con el Sr. B...

La cristalización artificial en partidos ha coincidido tan poco con las afinidades reales que un diputado podía estar en desacuerdo, en todas las actitudes concretas, con un colega de su partido, y en acuerdo con alguien de otro partido.

Cuántas veces, en Alemania en 1932, un comunista y un nazi, discutiendo en la calle, quedaron mentalmente atónitos al descubrir que estaban de acuerdo en todos los puntos.

Fuera del Parlamento, como habría revistas de ideas, naturalmente se formarían entornos alrededor de ellas. Pero estos entornos deberían mantenerse en estado de fluidez. Es la fluidez lo que distingue a un entorno de afinidad de un partido y evita que tenga una influencia mala. Cuando uno frecuenta amistosamente al que dirige tal revista, a los que escriben a menudo en ella, cuando uno mismo escribe en ella, sabe que está en contacto con el entorno de esta revista. Pero uno no sabe si forma parte de él; no hay una distinción clara entre dentro y fuera. Más lejos, están los que leen la revista y conocen a uno o dos de los que escriben en ella. Más lejos, los lectores regulares que buscan inspiración en ella. Más lejos, los lectores ocasionales. Pero nadie pensaría en decir o pensar: "Como vinculado a tal revista, pienso que..."

Cuando los colaboradores de una revista se presenten a elecciones, se les debería prohibir reivindicar la revista. Se debería prohibir a la revista darles su respaldo, ayudar directa o indirectamente a su candidatura, o incluso mencionarla.

Todo grupo de "amigos" de tal revista debería estar prohibido.

Si una revista impidiera a sus colaboradores, bajo pena de ruptura, colaborar en otras publicaciones cualesquiera que sean,

debería ser suprimida en cuanto se probara el hecho.

Esto implica un régimen de prensa que haga imposibles las publicaciones a las que sea deshonroso colaborar.

Siempre que un entorno intentara cristalizarse dando un carácter definido a la calidad de miembro, debería haber represión penal cuando se estableciera el hecho.

Naturalmente, habría partidos clandestinos. Pero sus miembros tendrían mala conciencia. Ya no podrían hacer profesión pública de servilismo de espíritu. No podrían hacer propaganda en nombre del partido. El partido ya no podría mantenerlos en una red sin salida de intereses, sentimientos y obligaciones.

Siempre que una ley es imparcial, equitativa y basada en una visión del bien público fácilmente asimilable por el pueblo, debilita todo lo que prohíbe. Lo debilita solo por el hecho de que existe, independientemente de las medidas represivas que buscan asegurar su aplicación.

Esta majestad intrínseca de la ley es un factor de la vida pública que se ha olvidado durante mucho tiempo y del que hay que hacer uso.

No parece haber ningún inconveniente en la existencia de partidos clandestinos que no se encuentre en un grado mucho más alto debido a los partidos legales.

En general, un examen atento no parece revelar ningún inconveniente de ningún tipo asociado a la supresión de los partidos.

Por un singular paradoja, las medidas de este tipo, que no tienen inconvenientes, son de hecho las que tienen menos posibilidades de ser decididas. Uno se dice: si fuera tan simple, ¿por qué no se habría hecho hace mucho tiempo?

Sin embargo, generalmente, las grandes cosas son fáciles y simples.

Esto extendería su virtud de saneamiento más allá de los asuntos públicos. Porque el espíritu de partido ha llegado a contaminarlo todo.

Las instituciones que determinan el juego de la vida pública siempre influyen en la totalidad del pensamiento de un país, debido al prestigio del poder.

Hemos llegado a pensar casi exclusivamente en términos de tomar posición "a favor" o "en contra" de una opinión. Luego se buscan argumentos, según el caso, ya sea a favor o en contra. Esto es exactamente la transposición de la adhesión a un partido.

Como en los partidos políticos, hay demócratas que admiten varios partidos, así también en el ámbito de las opiniones, las personas amplias reconocen valor en las opiniones con las que dicen estar en desacuerdo.

Esto es haber perdido completamente el sentido de lo verdadero y lo falso.

Otros, después de tomar posición por una opinión, se niegan a examinar nada que le sea contrario. Esto es la transposición del espíritu totalitario.

Cuando Einstein vino a Francia, todas las personas de entornos más o menos intelectuales, incluyendo los propios científicos, se dividieron en dos campos, a favor y en contra. Cualquier pensamiento científico nuevo tiene en los entornos científicos sus partidarios y sus adversarios, animados los unos y los otros, en un grado lamentable, por el espíritu de partido. Además, en estos entornos hay tendencias, círculos, en estado más o menos cristalizado.

En el arte y la literatura, esto es aún más visible. El cubismo y el surrealismo han sido especies de partidos. Uno era "gidiano" como era "maurrasiano". Para tener un nombre, es útil estar rodeado de una banda de admiradores animados por el espíritu de partido.

Lo mismo ocurre con la adhesión a un partido y la adhesión a una Iglesia o la actitud antirreligiosa. Uno estaba a favor o en contra de la creencia en Dios, a favor o en contra del cristianismo, y así sucesivamente. Se llegó, en materia de religión, a hablar de militantes.

Incluso en las escuelas ya no se sabe cómo estimular el pensamiento de los niños más que invitándolos a tomar partido por o contra. Se les cita una frase de un gran autor y se les dice: "¿Estás de acuerdo o no? Desarrolla tus argumentos". En el examen, los pobres, al tener que terminar su ensayo en tres horas, no pueden pasar más de cinco minutos preguntándose si están de

acuerdo. Y sería tan fácil decirles: "Medita este texto y expresa las reflexiones que te vengan a la mente".

Casi en todas partes, y a menudo incluso para problemas puramente técnicos, el acto de tomar partido, de posicionarse a favor o en contra, se ha sustituido por el acto de pensar.

Esta es una lepra que se originó en los entornos políticos y se extendió, a través de todo el país, a casi la totalidad del pensamiento.

Es dudoso que se pueda remediar esta lepra, que nos mata, sin comenzar por la supresión de los partidos políticos.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

1. [Nota sobre la supresión general de los partidos políticos - Simone Weil](#)
2. [Nota sobre la supresión general de los partidos políticos](#)
3. [Simone Weil](#)